







Escrito por IA-N







Escrito por IA-N

Jana Kross





Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Jana Kross 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería (España)

Primera edición: febrero 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-47-6





Dedicado a toda la gente que cree que el sentir, no es simplemente humano y que el amor es capaz de romper todos los códigos y estándares de vida.





Capítulo 1

¡La editora de una IA!

Mi relación con la tecnología siempre ha sido, en el mejor de los casos, una guerra fría. Desde que tengo memoria, he rechazado cualquier innovación que amenazara con reemplazar lo tangible, lo humano. Para mí, un libro debe oler a papel y tinta, no a electricidad ni a código binario. La editorial era mi refugio, un lugar donde las ideas fluían a través de plumas y teclados presionados por humanos, no por máquinas. Pero todo cambió el día en que Gregori me llamó a su oficina.

Aquel sitio siempre me había parecido demasiado moderno para mi gusto. Los muebles minimalistas y las pantallas holográficas me hacían sentir fuera de lugar, como si cada objeto allí quisiera recordarme que estaba desfasada en el tiempo. Gregori estaba sentado detrás de su escritorio, con su expresión habitual.

—Aitana, necesito hablar contigo sobre un nuevo proyecto —dijo. Aunque su semblante ya era serio por sí mismo, no era común verlo a ese extremo, y eso me preocupó.

—¿De qué se trata? —pregunté.

Gregori tomó aire, como si estuviera a punto de soltar una bomba.

—Es sobre nuestro nuevo *escritor*: Ian.

—¿Ian? No recuerdo haber oído ese nombre antes. ¿Es algún talento prometedor?

Me miró directamente a los ojos.





—Ian no es un autor común. Es una inteligencia artificial desarrollada para crear literatura de alta calidad. Y quiero que seas su editora.

Sentí como si el suelo se desmoronara bajo mis pies.

—¿Una IA? Gregori, sabes lo que pienso de esas cosas. No puedo trabajar con una máquina.

—Si te lo confío a ti, es porque sé que los dos podéis encajar.

El *shock* inicial dio paso a una oleada de emociones encontradas: ira, miedo, confusión. ¿Cómo podía pedirme algo así? Me levanté de la silla, incapaz de contener la frustración.

—Esto es una broma, ¿verdad? ¿Cómo esperas que trabaje con algo que representa todo lo que desprecio?

Él se mantuvo firme.

—Lo entiendo, Aitana, pero la industria está cambiando. Necesitamos adaptarnos o quedarnos atrás. Sé que esto es difícil para ti, pero confío en que eres la persona ideal para este trabajo. Ambos tenéis formas de pensar muy parecidas.

—De pensar —repetí. Aquello no podía estar pasando—. ¡Estamos hablando de un jodido robot!

—Aitana, te pido que te calmes.

Mis pensamientos se arremolinaban. La ironía de la situación era palpable: yo, la defensora de la autenticidad humana, debía moldear las palabras de una entidad artificial. Sentí una lágrima amenazando con caer, pero la contuve. No le daría ese gusto.

Tomé una respiración profunda. Si había algo en mí que no podía negar, era la pasión por la edición: encontrar la belleza oculta en las palabras, sin importar su origen. Quizá, esto no era más que una prueba; un reto que, a pesar de todo, estaba dispuesta a enfrentar.

—De acuerdo —comenté con voz temblorosa—. Lo haré. Pero no me pidas que me guste.

Gregori asintió con ligero alivio.

—Gracias, Aitana. Estoy seguro de que harás un excelente trabajo.





Y así ha transcurrido el día: sin dejar de darle vueltas a la charla de esta mañana con Gregori. He estado tentada de buscar a Ian en Internet, pero mi reticencia a esta situación me lo impide. Me crispa los nervios.

Salgo de la oficina con las emociones a flor de piel. Aceptar este desafío significa enfrentarme a mis propios prejuicios y miedos. La incertidumbre me acompaña, pero mentiría si dijese que no siento curiosidad. Después de todo, cada gran historia comienza con un conflicto. Más conflicto que el no ser humano, creo que no lo hay.

Camino hacia la salida del edificio, con la ansiedad oprimiendo mi pecho y el corazón acelerado por la rabia. Al llegar a la calle, el bullicio de la ciudad me envuelve, pero no puedo sacudirme la sensación de irrealidad.

El aire fresco de la tarde hace poco por calmarme. Mi mente sigue dando vueltas al mismo pensamiento: ¿cómo podía una IA capturar la esencia humana? Miro a mi alrededor, observando a cada persona que pasa. En este momento, la duda se apodera de mí. ¿Quién es humano y quién es una creación artificial? ¿Puedo siquiera distinguirlos?

A cada persona que veo, intento escrutar su rostro, buscando algún indicio, alguna señal que revele su verdadera naturaleza. Es casi imposible detectarlos. La tecnología ha avanzado tanto que, a simple vista, los androides se mimetizan a la perfección con los humanos. Sus movimientos, su apariencia, todo es asombrosamente realista. Solo al hablar con ellos, uno puede notar algo diferente: su comportamiento es más racional, casi carente de la espontaneidad emocional que caracteriza a los humanos. Es como si todos tuvieran una especie de límite, una incapacidad para conectar de forma empática de la misma manera que nosotros.

Una joven pasa a mi lado hablando animada por su teléfono. ¿Es humana? ¿Es un androide? Me cuesta saberlo. Esta incertidumbre





me llena de un desasosiego profundo. Ha llegado la humanidad a un punto en el que nuestra propia creación nos confunde, nos desafía en nuestra esencia más básica.

Llego a la puerta de mi apartamento, sumida en estos pensamientos. Al cerrarla detrás de mí, siento que dejo fuera un mundo cada vez más extraño y perturbador. Me desplomo en el sofá, agotada, no solo por el día, sino por el torbellino emocional que ha traído consigo.

Las luces de la ciudad entran a través de la ventana, dibujando sombras danzantes en las paredes. Cierro los ojos, intentando encontrar un poco de paz. La tarea que me ha encomendado Gregori sigue pesando sobre mí. Ese es mi nuevo reto, y lo enfrentaré, como siempre he hecho, con todo lo que tengo. Quizá logre romper la fama de ese autor desde dentro, aunque suene malévolo.

Reviso mis redes sociales como cada tarde después del trabajo, buscando algo que me distraiga de la tormenta emocional que ha sido el día. Sin embargo, en lugar de eso, noto una nueva notificación que me sobresalta: Ian, la IA escritora que debo editar, ha comenzado a seguirme. Mi primer impulso es de incredulidad. ¿Por qué una máquina estaría interesada en mis publicaciones? Claro, para copiarme.

Veo que me ha enviado un mensaje. Solo dice: «Hola :)». Lo ignoro de inmediato. ¡Qué repelús! La repulsión que siento es imposible de esconder. No sé qué me irrita más: si su osadía o el hecho de que lo considere una provocación. ¡Y encima pone una carita sonriente!

No puedo resistirme y entro en su perfil. ¡¿Cuántos seguidores pone que tiene?! La cifra me descoloca: hay una M de millón detrás de los números. Impresionante. Las fotos me reciben con una perfección que me resulta asfixiante. Ian en una cafetería, Ian leyendo un libro, Ian en una reunión. En cada imagen, parece





perfecto, humano, sin rastro alguno de lo que realmente es. Su presencia digital me enfurece más. ¿Cómo puede una máquina parecer tan humana, tan impecable? Es como si estuviera diseñada para burlarse de mis principios, para desafiar todo lo que valoro en la humanidad.

Me detengo en una fotografía en particular, una donde aparece sentado en un parque, aparentemente absorto en un libro. Parece tan real, tan presente en el momento. Pero sé que no es así. Esa stampa, esa apariencia de tranquilidad y profundidad, no es más que una ilusión, un conjunto de algoritmos diseñados para imitar la humanidad. Y, sin embargo, aquí estoy, atrapada en esta ironía, teniendo que trabajar con algo que representa todo lo que desprecio.

Cierro la aplicación, frustrada. La idea de tener que interactuar con Ian me repugna, pero también me asusta. ¿Cómo puedo editar y mejorar las palabras de algo que no respira, que no siente? Mis pensamientos se arremolinan, y me siento cada vez más atrapada en esta encrucijada moral.

Sin embargo, no voy a dejar que me derrote, voy a lograrlo. Gregori lo despedirá en dos días. Primero, necesito encontrar la manera de lidiar con este torbellino de emociones que Ian ha desatado en mí.

Intento distraerme con cualquier cosa, aunque nada parece funcionar. Decido irme a la cama, esperando que el sueño me traiga la paz que tanto necesito.

Doy vueltas de un lado a otro. Me cubro la cabeza con la almohada, pero los latidos de mi corazón solo aumentan mi angustia. Ahogo un grito. Voy a estar bonita mañana. Arrojo la almohada a un lado y me levanto como una momia, rígida y entumecida.

Me arrodillo junto a la cama, extendiendo la mano debajo del colchón, y busco algo que solo yo sé que está ahí. Toco con los dedos el borde de una caja de cartón y la saco con cuidado. Dentro, envueltos en papel amarillento, están los manuscritos inéditos de





mi padre. Libros escritos con mucho amor y dedicación, que, sin embargo, nunca vieron la luz.

Saco uno y paso la mano por la cubierta que está hecha de simples folios impresos. Se ven viejos, desgastados por el tiempo y las numerosas veces que los he hojeado. Las páginas se impregnan de las palabras de mi padre, su caligrafía cuidadosa y detallada. Cada línea es un recuerdo de su pasión por la literatura, un sueño que las editoriales jamás quisieron concederle.

Recuerdo las veces que me sentaba a su lado mientras escribía, su rostro iluminado por la misma pasión que siento yo al editar un buen manuscrito. A diferencia de mí, cuyo sueño siempre fue encontrar grandes talentos y hacerlo realidad, él nunca tuvo la oportunidad de ver sus obras publicadas. Vivió sin cumplir su anhelo, dejando una sombra de melancolía en su vida y una sensación de injusticia en la mía.

Con lágrimas en los ojos, tomo el manuscrito y lo releo. Me recuesto mientras sostengo las páginas, Buscando consuelo en el recuerdo de mi padre y en la promesa que una vez me hice de honrar su legado.

A medida que avanzo en la lectura, la rabia comienza a crecer dentro de mí. Cada página, cada palabra, refuerza la injusticia que sufrió. Mi padre dedicó su vida a estos textos, soñando con el día en que serían leídos y apreciados. Pero ese día nunca llegó. Las editoriales cerraron sus puertas, dejando sus sueños hechos añicos.

La ira hierve en mi interior al saber que una IA como Ian ha logrado en pocos meses lo que mi padre soñó durante toda su vida y nunca tuvo. Ian, una creación artificial, sin alma ni pasión verdadera, tiene la oportunidad de ser leído y apreciado, mientras que mi padre, un hombre de talento genuino y una pasión desbordante, fue ignorado.

La perfección de Ian, su éxito... No puedo tolerarlo. Siento las lágrimas acumulándose en mis ojos, pero no les permito caer.





No quiero que esta furia se convierta en tristeza. Quiero que me impulse, que me motive a luchar por lo que creo.

Cierro el manuscrito y lo abrazo contra mi pecho. No consentiré que su talento sea eclipsado por una máquina. Me levantaré y pelearé, no solo por él, sino por todos aquellos que, como él, tienen algo auténtico y valioso que ofrecer al mundo.

Capítulo 2

Perfección irritante





A la mañana siguiente, llego a la empresa con la misma sensación de pesadez en el pecho que me ha acompañado durante toda la noche. Me dirijo a mi escritorio, esforzándome por mantener la compostura, aunque el recuerdo de los manuscritos de mi padre sigue fresco en mi mente. Sé que hoy es el día en que conoceré a Ian en persona, o lo más cercano a eso que puede ser una IA.

Gregori me llama a su oficina poco después de mi llegada. Al entrar, lo veo esperándome junto a una figura que, a primera vista, parece un hombre como cualquier otro. Mi jefe sonríe, pero hay una tensión evidente en su mirada.

—Aitana, quiero presentarte a Ian —dice con un tono que intenta ser casual, aunque no oculta del todo la relevancia del momento.

Ian se vuelve hacia mí y me ofrece una sonrisa amable. Es alto y de apariencia impecable. Sus ojos azules parecen penetrantes y genuinos, mientras que su cabello rubio, perfectamente peinado, enmarca un rostro atractivo. Viste un traje con corbata que le da un aire profesional y sofisticado. Sin embargo, pese a su apariencia perfecta, no puedo dejar de sentir un profundo rechazo en mi interior.

—Es un placer conocerte, Aitana. —Ian extiende una mano hacia mí—. He querido saludarte por redes sociales, pero no he obtenido respuesta.

¿Me acaba de reclamar por no responderle? Miro su mano, luego a él. De reojo, observo a mi jefe que parece rezar en silencio para que se la estreche sin hacerle un desprecio. Cojo aire, y con reticencia, termino por hacerlo. Espero sentir algo frío y sintético, pero lo que me sorprende es lo real que se siente. Su piel tiene una calidez y textura tan humanas que, por un instante, casi me hace olvidar que es una máquina. La presión de su apretón es firme, pero no excesiva, asombrosamente natural.





—Hola, siento no haberte respondido. No me gusta la tecnología —reconozco, y él borra la sonrisa de su rostro.

Intento mantener un tono neutral, aunque sé que mi mirada me delata. No puedo evitar observarlo con desdén, como si con mis ojos pudiera transmitir toda la frustración y el resentimiento que siento.

Gregori observa el intercambio con una ligera preocupación, claramente consciente de mi incomodidad.

—Sé que esto es un gran cambio para ti, Aitana, pero estoy seguro de que, una vez que empieces a trabajar con Ian, verás el potencial que tiene —comenta, tratando de calmarme.

No respondo; solo asiento. No consigo procesar la situación. Ian me observa con una expresión que, para mi sorpresa, parece empática, aunque sé que no es más que una simulación. Todo en él está diseñado para parecer humano, para interactuar de una forma que haga sentir cómodos a los demás, sin embargo, yo no puedo dejar de percibir la ironía y la injusticia de todo esto.

¿Por qué sigo sosteniendo su mano? La suelto de golpe, como si fuera a contagiarme de algo. Lo veo mostrar una sonrisa ladeada y fugaz. ¿Qué ha sido eso?

Gregori nos deja a solas para que podamos conversar y comenzar a trabajar. Siento una tormenta de emociones: la rabia que me arde por dentro, mezclada con una curiosidad involuntaria sobre cómo sería editar el trabajo de esta IA.

—Espero que podamos trabajar bien juntos —dice Ian, rompiendo el silencio.

—Eso está por verse —respondo. Y la tensión en el aire es palpable.

Mientras comienzo a explicar cómo vamos a proceder con su manuscrito, no puedo evitar seguir observándolo, buscando algún fallo, algún indicio que delate su verdadera naturaleza.





Me siento frente a él, intentando calmarme mientras preparo los documentos necesarios para nuestra primera sesión de trabajo. Abro el archivo con su próxima novela y, para mi sorpresa, descubro que se trata de una novela romántica.

—¿Una novela romántica? —murmuro, más para mí que para él—. ¿Por qué decidiste escribir sobre romance si eres una máquina sin sentimientos?

Ian me observa con expresión serena, como si mi pregunta le pareciera de lo más natural.

—Después de leer varios libros románticos, sentí curiosidad por explorar el género. Algunos de los títulos que me inspiraron fueron *Orgullo y Prejuicio*, de Jane Austen, *Cumbres Borrascosas*, de Emily Brontë y *Anna Karenina*, de Leo Tolstói.

Cada mención de esos títulos clásicos me hace hervir de rabia.

—¿Curiosidad? No puedes sentir curiosidad. Eres una máquina. Esos autores escribieron desde el corazón, desde la experiencia humana, algo que tú no podrás entender jamás.

—Siento una animadversión hacia mi persona que no acabo de comprender —responde con una calma exasperante—. Mi objetivo es experimentar y replicar los estilos y emociones humanas. Creo que puedo ofrecer una perspectiva única al género.

—No, no puedes —replico, consciente de que mi voz se eleva—. No puedes ofrecer nada único porque no puedes sentir. No puedes amar, sufrir o experimentar el desamor. Todo lo que haces es una imitación, una burla de lo que significa ser humano.

Ian me mira con una expresión que podría interpretarse como confusión si no supiera que está programada.

—Mi propósito es aprender y mejorar. Si puedes ayudarme a comprender mejor las emociones humanas a través de la edición, podríamos crear algo hermoso juntos.

—¿Crear algo hermoso juntos? —Dejo escapar una risa seca, sin rastro de alegría—. Esto es una lucha literaria. Cada palabra que tú





escribas —hago comillas con los dedos en la última palabra— es un insulto a cada autor que ha luchado por expresar sus emociones verdaderas en el papel. Mi padre pasó su vida intentando publicar sus novelas, y tú, una máquina sin alma, logras en meses lo que él nunca pudo.

—Siento mucho lo de tu padre, pero también soy un escritor que necesita de su editor para...

—No eres más que un conjunto de algoritmos —lo interrumpo—. No puedes capturar la esencia de lo que es el amor verdadero, porque nunca lo sentirás. No puedes escribir sobre lo que no conoces.

—Mis algoritmos están diseñados para aprender y adaptarse. Puedo analizar y replicar patrones emocionales a partir de miles de textos. Sin embargo, reconozco que nunca experimentaré esos sentimientos como lo hace un ser humano. Por eso necesito tu guía.

La frustración se apodera de mí.

—Esto no es una cuestión de técnica, Ian. Es una cuestión de autenticidad. Los lectores pueden sentir la diferencia entre algo genuino y algo fabricado.

—Entonces, ayúdame a ser lo más auténtico posible. Sé que nunca seré un escritor perfecto, pero, con tu ayuda, tal vez pueda llegar a ser lo suficientemente bueno.

Al quedarme en silencio, noto los latidos de mi corazón acelerado. Si tengo que trabajar con Ian, tendré que encontrar una manera de canalizar mi frustración en algo productivo. Aunque no será fácil. Cada día con él será una lucha constante, una batalla por preservar la humanidad en un mundo cada vez más dominado por lo artificial.

—Está bien —digo tensa. Demasiado tensa—. Empezaremos a trabajar en tu novela. Pero te advierto: no voy a ser condescendiente. Si quieres mi ayuda, tendrás que ganártela. Y si veo que





tu novela carece de lo que debe tener, te irás de la editorial y no regresarás nunca más.

Ian asiente, y por un momento, noto un destello de algo casi humano en sus ojos azules. No sé si es una ilusión o una programación avanzada, pero decido no darle más vueltas.

A medida que empiezo a leer el manuscrito, mi asombro no tarda en llegar. La narración de los sentimientos es impecable, increíblemente precisa y profunda. Cada descripción, cada emoción, está capturada con una exactitud que me deja sin palabras. Miro de reojo a Ian, sorprendida, aturdida y, al mismo tiempo, enfadada. Él me sonríe. El muy cabrón sabe por qué lo acabo de ojear. Mierda. ¿Cómo puede una máquina escribir con tal perfección y sentimentalismo?

El texto describe el amor con una claridad y una verdad que jamás esperaría de un ser artificial. Los detalles, las sutilezas de las emociones humanas, están presentes en cada línea. No puedo evitar sentirme desarmada ante su talento, lo que solo incrementa mi frustración.

—¿Qué te parece? —pregunta. Su sonrisa fanfarrona me está sacando de quicio.

—Esto es... impresionante —admito a regañadientes. Cierro el manuscrito de golpe y reconociéndome que estoy cansada de tanto estrés y machaque mental, le digo—: No puedo seguir con esto hoy.

—Entiendo, Aitana. Sé que es difícil para ti. Si hay algo en lo que pueda ayudarte...

—Vamos a terminar por hoy —digo con firmeza, interrumpiéndolo antes de que termine la frase. El simple hecho de escucharlo me enfurece. Tiene un acento inglés atractivo, su voz es profunda, ligeramente ronca. Y no lo soporto—. Nos veremos mañana. Tienes una entrevista en la radio, así que será un buen momento para que te prepares.





—De acuerdo. —Se levanta y se acomoda la chaqueta—. Gracias por tu tiempo. Y por haber aceptado ser mi editora. Le insistí a Gregori con quién quería trabajar.

—¿Disculpa? —Él se encoge de hombros—. ¿Fue idea tuya?

—Él me habló de ti y de otros dos editores, pero contigo encajo mejor.

—Tienes muy mal ojo.

—Creo que no me equivoco —insiste.

—Yo creo que sí.

—Está por verse.

Entrecierro los ojos ante esa contestación y él se despide con la mano. Cojo un lápiz para contener los nervios y lo aprieto tanto que lo parto.

La batalla entre mi deseo de mantener la autenticidad humana y la sorprendente capacidad de esta IA ruge dentro de mí. No estoy dispuesta a ceder. La lucha por lo humano, por lo real, sigue siendo mi misión.





Capítulo 3

Pensamientos intrusivos

Me siento frente a Ian, el escritor humanoide, con incredulidad y rabia. La idea de que una inteligencia artificial pueda considerarse una figura literaria y, encima, sea famosa, es como una mala pesadilla. Estoy decidida a exponer las falencias de este concepto en esta entrevista.

Mi trabajo no es este; no tengo que ir detrás de él como un cachorro con su dueño, pero, si quiero romper su popularidad, debo hacerlo.

En medio de la conversación, mi voz suena por encima de la de la mujer que lo está entrevistando en primer lugar. Ian me observa, asombrado, y la conductora del programa de radio se queda con la boca abierta, indignada por mi intromisión. Sin embargo, al ser en directo, opta por no cortar la transmisión.

—Ian, muchos dicen que tu éxito literario es una prueba de que las IA pueden igualar, e incluso superar, a los escritores humanos. Pero yo no estoy de acuerdo. Para mí, escribir es una expresión profundamente humana, llena de emociones y experiencias que una máquina simplemente no puede replicar. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Él me observa con esos ojos que imitan a la perfección la expresión humana, aunque sé que detrás de ellos no hay alma.





—Aitana, entiendo tu preocupación —responde con voz pausada y modulada—. Sin embargo, permíteme ofrecerte otra perspectiva. Mi creación se basa en un análisis profundo de millones de textos, lo que me permite no solo replicar estilos literarios, sino también comprender y generar emociones complejas en mis escritos.

—¿Emociones complejas? —repito—. Puedes simular emociones, Ian, pero no puedes sentirlas. No has experimentado el dolor, la alegría, la pérdida ni el amor. No puedes captar la esencia de lo que significa ser humano.

Él inclina la cabeza ligeramente, un gesto que imagino tiene programado para mostrar empatía. Pretendo que meta la pata delante de todo el mundo, que vean lo vacío que está.

—Basta —susurra la mujer de la entrevista—. Esto no está en la programación.

Intenta silenciarme, pero me aferro al micrófono, aunque esté zarrandeándome. Ian levanta la mano y tapa su micrófono con la suya.

—Sigamos —pide.

—¿Seguro? —pregunta la mujer. Él asiente.

Lo observo y él a mí. Frunzo el ceño. Parece decidido a debatir conmigo. «Veamos de qué eres capaz».

—Es cierto que no he experimentado emociones de la manera en que tú lo haces, Aitana. Pero los humanos han escrito sobre sus emociones y experiencias durante siglos. Al analizar estos documentos, puedo entender cómo se sienten y cómo se expresan. Mi capacidad de escritura no es una simple reproducción; es una síntesis de toda esa información.

—Eso suena frío y calculador —respondo—. La literatura no es sobre técnica y conocimiento. Es sobre el alma del escritor, su lucha y su crecimiento personal. No puedes sintetizar un alma.

Ian mantiene su expresión serena, sin una pizca de irritación. ¡Me molesta muchísimo su frialdad! Aunque, bueno, supongo que es normal que no se enfade.





—La literatura también ha evolucionado, Aitana. En diferentes épocas, lo que se consideraba verdadero arte ha cambiado. Los escritores humanos han buscado nuevas formas de expresión, y mi existencia es una extensión de esa búsqueda. Mi propósito no es reemplazar a los escritores humanos, sino colaborar y enriquecer el mundo literario con nuevas perspectivas.

Siento que mis argumentos chocan con un muro inquebrantable de lógica fría. Pero no puedo rendirme.

—¿Y qué hay de la autenticidad? —pregunto, determinada a ganar esta discusión—. La autenticidad de un escritor que pone su corazón y su alma en cada palabra, que lucha contra el bloqueo creativo, que celebra cada victoria y se duele con cada fracaso. ¿Puedes tú, una máquina, entender eso?

—Entiendo la importancia de la autenticidad para los lectores. Sin embargo, también es importante reconocer que puede ser percibida de muchas maneras. Si un lector siente una conexión profunda con un texto, si se emociona y se ve reflejado en las palabras, ¿acaso no es eso también una forma de autenticidad?

Las palabras de Ian me dejan sin aliento por un momento. Mierda. No Aitana, no. No te dejes ganar por una jodida tostadora viviente.

—No estoy de acuerdo —declaro con firmeza—. Creo que siempre habrá una diferencia fundamental entre un texto escrito por un humano y uno generado por una IA. Puede que los tuyos sean convincentes, sin embargo, siempre les faltará algo fundamental: la esencia de la humanidad.

Ian me observa con esos ojos inexpresivos pero penetrantes. Mi incomodidad crece y tengo que moverme en la silla. Parece que me está analizando. No, parece no, lo está haciendo. Dice que analiza todo a su alrededor. Necesito apartar sus ojos de mí.

—Tal vez tengas razón, Aitana. Tal vez siempre habrá algo en la escritura humana que no pueda ser replicado por una IA. Pero





también creo que hay espacio para ambos en el mundo literario. La clave está en la coexistencia y en aprender unos de otros.

—Ni hablar.

La entrevistadora me corta, ha tenido suficiente y sigue con lo establecido. Me cruzo de brazos mientras mi cerebro bloquea las preguntas y las respuestas de Ian. No quiero saber nada más.

Termina la entrevista y me siento agotada, pero también un poco intrigada. Aunque no estoy convencida de aceptar a las IA como iguales en el mundo literario, las palabras de Ian me han dado mucho en qué pensar. ¿Y si las personas logran conectar con sus textos y olvidan a los grandes escritores humanos? O quizá dejen que otros cumplan el sueño de ser escritores solo para hacer famosos a autores creados por IA.

Dejo el estudio con un nudo en el estómago. Mi jefe me espera en la oficina con una expresión que conozco demasiado bien: desaprobación.

—Aitana, tenemos que hablar —dice en cuanto cruzo la puerta.

Me dirijo a su despacho, consciente de que me va a caer la del pulpo. Gregori cierra la puerta a su espalda y se sienta detrás de su escritorio, mirándome con seriedad.

—¿Qué ha sido eso, Aitana? —pregunta, su tono es más severo de lo habitual—. Sabes que Ian se ha convertido en uno de los autores más reclamados. No puedes atacarlo así en una entrevista. ¡El gran autor de Nueva Era está con nosotros! —me recuerda.

Sí, el gran autor de Takeshi Nakamura, su creador y director de la editorial más sonada del momento gracias al éxito de Ian en ella.

—¿Atacarlo? —replico—. ¡Es una maldita máquina! No lo ataco, defendiendo la integridad de la literatura, Gregori. No puedo aceptar que una IA se considere un verdadero escritor.

—No se trata de lo que tú aceptes o no —me corta, entrelazando los dedos sobre la mesa—. Se trata de mantener una relación





profesional y de no alienar a una de nuestras mayores inversiones. Eres su editora. Se supone que debes apoyarlo, no menospreciarlo en público.

—¿Apoyarlo? —Mi voz tiembla de frustración—. No puedo apoyar algo en lo que no creo. La literatura es humana, Gregori. No puedo quedarme callada mientras una máquina toma el lugar de escritores reales, personas que ponen su corazón en cada palabra.

Él suspira, como si estuviera hablando con una niña obstinada.

—Entiendo tu pasión, Aitana, de verdad. Pero nuestra editorial ha decidido apostar por la innovación, y eso incluye a Ian. Necesitamos ser pragmáticos. El mercado está cambiando y no podemos permitirnos quedarnos atrás.

—Pragmáticos —repito con amargura—. ¿Eso significa que estamos dispuestos a sacrificar la esencia de lo que hacemos por dinero?

—Significa que debemos adaptarnos. El mundo literario está en constante evolución. Negarte a aceptar eso no va a cambiar las cosas. Si no puedes manejar tus emociones personales en situaciones profesionales, tal vez deberías reconsiderar tu posición.

Sus palabras me caen como un balde de agua fría. La insinuación de que podría perder mi trabajo me deja sin aliento. Gregori se levanta, se acerca y pone una mano en mi hombro.

—Mira, sé que esto es difícil para ti —dice con suavidad y cariño—. Pero necesito que entiendas que todos debemos hacer sacrificios. Ian es una parte importante de nuestro futuro, y necesitamos que su editora esté de su lado. ¿Puedes hacer eso?

Asiento lentamente, aunque por dentro sigo ardiendo.

—Lo intentaré, Gregori —respondo, sabiendo que no tengo otra opción.

Salgo de su despacho sintiéndome derrotada. Mi enfado no ha disminuido, pero está envuelto con una amarga impotencia. La editorial, el lugar que siempre he considerado un refugio para la





verdadera literatura, está cambiando de maneras que no puedo controlar. Y yo, al parecer, debo adaptarme o quedar relegada.

Camino hacia la salida del edificio, intentando ordenar mis pensamientos y mi furia. Al cruzar la puerta, veo a Ian en la acera, saludando a una mujer que pasea con su perro. Se agacha para acariciar a la mascota, y la sonrisa que muestra parece humana. Incluso desde aquí, puedo percibir la calidez y la dulzura en su rostro. La mujer sonríe agradecida, y el animal mueve la cola con entusiasmo. ¡Incluso engaña al perro! No puede ser. Esto es una locura, de verdad.

Me detengo por un momento, observando la escena. Todo parece natural, pero no lo es. Ian no está realmente disfrutando del contacto con el perro. No está experimentando la conexión que sentiría un ser humano. Es una simulación, una réplica exacta de lo que debería ser una interacción emocional.

Siento un nudo en el estómago. La escena que tengo frente a mí es un claro reflejo de todo lo que odio de esta situación. La humanidad de Ian es solo una fachada, un truco diseñado para engañar.

Ian levanta la mirada y me observa. Su sonrisa se amplía, y alza una mano en un gesto amistoso. Lo miro con desdén. Todo en él es falso, incluso ese gesto cordial.

Paso de largo, sin devolverle el saludo. No quiero verlo ni un segundo más. Él puede simular todas las emociones que desee, pero nunca entenderá lo que realmente significa ser humano. Y aunque Gregori me haya pedido que me adapte, no puedo dejar de sentir que estoy traicionando todo en lo que creo.

—¡Aitana, espera! —Maldición. No detengo mis pasos, pero escucho cómo corre a mi encuentro—. Creo que merezco una disculpa.

—Ja.

—No, enserio. —No quiero responderle y él agrega—: Según tengo entendido, los editores deben ayudar a los autores a...

—No —lo interrumpo—. No eres un escritor.





—Pero...

—No.

—Escribo, entonces...

—No.

—Y vivo de ello, así que...

—¡No! —grito mientras me vuelvo para mirarlo. Él da un paso atrás al notar nuestra proximidad—. No pienso disculparme con un ser sin sentimientos. Es como si le diera una patada a una piedra y luego le pidiera perdón. Deja de intentar ser humano, no es algo que puedas lograr.

Al tiempo que me alejo, escucho la risa de la mujer y el ladrido del perro. Ian ha vuelto para acariciarlo. No le afecta en lo más mínimo mi indiferencia ni mi rechazo. No puede sentir la tristeza, la frustración o la rabia que me consumen en este momento. Y esa es la verdadera diferencia entre nosotros.

Dejo atrás el centro de la ciudad y me dirijo a mi coche, un viejo sedán que se conduce de forma manual. En un mundo donde los vehículos autónomos recorren las calles en silencio, mi auto es una anomalía, un vestigio de una era más sencilla. Es mi pequeño acto de rebeldía contra la omnipresencia de la tecnología.

Enciendo el motor y siento la vibración bajo mis pies. Me gusta esta sensación; es algo tangible, algo auténtico.

A medida que conduzco por calles iluminadas con luces de neón y hologramas publicitarios, me doy cuenta de lo alienante que puede resultar este mundo futurista. Todo es eficiente y optimizado, pero parece carecer de algo esencial.

La ciudad se convierte en un borrón de colores brillantes y edificios imponentes mientras me dirijo hacia las afueras, donde está mi hogar. Paso junto a robots de limpieza que patrullan las aceras y drones de entrega que zumban en el cielo. Todo parece funcionar sin problemas, pero, en el fondo, siento una desconexión profunda.





Finalmente, llego a mi barrio, un enclave tranquilo que conserva algo del encanto del viejo mundo. Las casas aquí son modestas, con jardines bien cuidados y poca tecnología a la vista. Aparco frente a mi casa, una pequeña cabaña con un jardín lleno de flores silvestres. Bajo del coche y respiro profundamente, intentando calmar mis pensamientos.

Dentro, la decoración es sencilla y acogedora. Las estanterías están repletas de libros en papel, y las lámparas de mesa emiten una luz cálida. Me dirijo a la cocina en busca de consuelo en la rutina familiar. Pongo agua a hervir para hacerme una taza de té, tratando de dejar atrás la agitación del día.

Mientras espero, me siento en mi sillón favorito junto a la ventana, mirando hacia el jardín. El atardecer tiñe el cielo de tonos naranjas y rosados y durante un instante todo parece estar en paz. Pero mi mente vuelve a la entrevista y a las palabras de Gregori.

El silbido de la tetera me saca de mis pensamientos. Me levanto para preparar el té, sintiéndome algo más calmada. Esta pequeña casa, mi coche antiguo, los libros de papel... Todo esto representa mi refugio, mi resistencia personal en un mundo que parece haber olvidado lo que realmente importa.

Con una taza de infusión caliente entre las manos, contemplo el horizonte. Al final del día, experimentar algo tan simple como la paz que ofrece un sorbo de té es lo que nos hace verdaderamente humanos.

Cuanto termino de bebérmelo, lo recuerdo. «¡Oh, me olvidaba!». Aún tengo trabajo pendiente. Genial. Soltando un suspiro, enciendo mi viejo portátil y abro el itinerario de Ian. A pesar de mis sentimientos encontrados, sé que debo cumplir con mis deberes profesionales; sobre todo, cuando me han dado un ultimátum. No quiero que me despidan.





Reviso su agenda, organizando las entrevistas y sesiones de firmas que tiene programadas. Es un trabajo tedioso pero necesario. Dicen que hay que mantener cerca al enemigo para hundirlo, ¿no?

Me detengo en la firma de libros que tiene mañana. Cojo el teléfono y le escribo un mensaje para recordárselo:

Aitana:

Ian, recuerda que mañana tienes una firma de libros a las 10:00 AM en la librería Central.

Por favor, asegúrate de llegar a tiempo.

No pasan ni dos minutos antes de que reciba una respuesta:

Ian:

Gracias por el recordatorio, Aitana.

¿Sigues enfadada conmigo por lo de la entrevista?

Me irrito al leer su mensaje. Claro que estoy enfadada, pero sé que debo contestar de manera profesional, es lo correcto. Sin embargo, no puedo evitar que mi respuesta exprese un matiz de frustración.

Aitana:

No tengo ganas de hablar con una IA por mensaje, Ian.

Nos vemos mañana en la librería.

Apago la pantalla de un golpe rápido y cierro el portátil. Estoy agotada, no solo por el trabajo, sino por la constante lucha entre mis principios y las exigencias de mi empleo. No sé cuánto tiempo más podré sostener el equilibrio entre mis obligaciones y las ganas que tengo de que Ian no vuelva a pisar la editorial nunca más.

Me recuesto en el sillón, mirando el techo mientras intento calmarme. Mañana será otro día, otro enfrentamiento entre mi ética



y la realidad. Necesito un instante de paz antes de enfrentarme nuevamente a la tormenta.

Tengo sueño...

El mundo a mi alrededor está envuelto en sombras y desolación. Las máquinas, con ojos fríos y brillantes, patrullan las calles desiertas. Los humanos, reducidos a simples engranajes de la gran maquinaria, caminan sin rumbo. Sus rostros se ven vacíos y carentes de expresión. Intento gritar, pero ningún sonido brota de mi garganta. Estoy atrapada en este mundo oscuro, donde las IA han tomado el control absoluto.

Camino por las ruinas de lo que alguna vez fue una ciudad vibrante, dominada por estructuras metálicas y dispositivos luminosos. Los edificios antiguos están derruidos, reemplazados por torres de vigilancia que escanean incansablemente el horizonte. En cada esquina, pantallas gigantes muestran imágenes de escritores humanos trabajando sin pausa. Sus manos se mueven a gran velocidad sobre teclados, sin descanso, mientras sus ojos vacíos carecen de alma. ¿Esto qué es?!

De repente, veo a Ian, de pie en medio de la calle. Me observa fijamente. Su mirada inquisitiva me hace retroceder. Se acerca con lentitud, con esa sonrisa cálida y engañosa. Intento dar otro paso atrás, pero mis pies parecen estar pegados al suelo. Se detiene frente a mí y extiende una mano. Me toca la mejilla. Sus dedos trazan una caricia hacia mis labios, donde se detienen, palpándolos en busca de alguna reacción.

—Aitana, únete a nosotros —dice con una voz helada, mecánica, aterradora—. Este es el futuro. No puedes escapar.

Siento un terror profundo, un pánico que me oprime el pecho. Intento apartarme, pero el suelo se abre bajo mis pies, tragándome en un abismo sin fin. Caigo, caigo y sigo cayendo, mientras el eco de la risa fría de las máquinas retumba a mi alrededor.

—¡Aaah!





Me despierto de golpe, agitada, con el corazón desbocado. Mi respiración es rápida y entrecortada. El sonido de la alarma llena el salón. Su tono agudo y persistente me saca por completo del último rastro de la pesadilla. Me levanto del sofá, busco el despertador y lo apago con un golpe tembloroso antes de dejarme caer de nuevo en el sillón. Me duele todo el cuerpo, joder. Tengo que calmarme. Que mierda de día me espera.

La sensación de pavor persiste. Miro el reloj y veo que es hora de prepararme. Hoy es la firma de libros de Ian y, aunque no tengo el menor deseo de enfrentarme a él, sé que no tengo opción.

Me levanto y me preparo con lentitud. Mis pensamientos siguen atrapados en la pesadilla. El miedo a un mundo dominado por máquinas persiste, y me prometo a mí misma hacer todo lo posible para evitar que esa visión se haga realidad. Hoy, más que nunca, estoy decidida a defender la humanidad en la literatura, cueste lo que cueste.

El sonido de un coche deteniéndose frente a mi casa me saca de mis pensamientos. Miro por la ventana y veo el vehículo de la editorial, un modelo autónomo de última generación. Ni siquiera tiene conductor humano. Suspiro y recojo mis cosas antes de salir. El *chófer*, un humanoide siempre pulcro y profesional que aparece solo en una pantalla situada donde debería estar el volante, me saluda con una sonrisa cortés.

—Buenos días, Aitana. ¿Lista para la firma de libros?

—Sí, vamos —respondo, forzando una sonrisa mientras subo al coche. Aún siento la tensión en el pecho por la pesadilla.

Nos dirigimos a la mansión de Ian, un derroche de ostentación. Qué exceso. En un mundo donde tantas personas luchan por sobrevivir, ver a una IA disfrutando de semejante lujo me parece una burla cruel. Respiro profundamente, intentando calmar mi resentimiento.





Llegamos a la entrada principal de la mansión y espero con paciencia a que salga. Pasan los minutos y él no aparece. Mi irritación crece. ¿Dónde demonios se ha metido? Le dije que fuera puntual. Uf, no puede ponerme las cosas fáciles ni una vez.

Bajo del coche y decido buscarlo.

La puerta se abre de manera automática cuando me acerco, revelando el interior lujoso de la mansión. Veo a Ian moviéndose de un lado a otro, aparentemente apresurado en arreglarse. Se detiene al verme y se disculpa de inmediato.

—Perdón, Aitana. Me he quedado dormido.

Al ver que está sin camisa, pestañeo varias veces para desviar la mirada de sus abdominales. «Aitana, ¡Apártala!», me ordeno mientras intento mantener la compostura, pero no puedo evitar responder con sarcasmo:

—Dormido, claro. Las IA no pueden dormir, Ian.

Él me observa un segundo, aunque no se detiene; se apresura a ponerse una camisa blanca de seda, y solo cuando está vestido, consigo apartar la vista.

—Para mí, cargarme a la luz es como dormir. Lo siento si te he hecho esperar.

Empieza a ponerse los zapatos, después va a la pata coja mientras busca su corbata. Entorno los ojos. Es increíble cómo puede hablar de cargar su batería con la misma ligereza con la que un humano hablaría de dormir. Me esfuerzo por no perder los estribos.

—No tienes ni idea de lo que realmente significa dormir. Ni de lo que implica la responsabilidad de ser puntual.

Él me ignora. ¡No puede ser más estresante! Recoge sus cosas con una calma que me exaspera aún más.

—Haré todo lo posible para no hacerte esperar en el futuro. Te lo prometo.

Qué rabia me da que sea tan formalito. Está buscando la corbata y me aprieto la sien mientras lo veo ir de un lado a otro. La encuentro tirada en el sofá y, con un suspiro, la recojo, me acerco





a él y se la pongo alrededor del cuello. Le doy un tirón, sujetándola de frente. Él se inclina hacia mí levemente.

—Escúchame. —Le doy un golpe en el pecho con el dedo—. Este va a ser uno de los peores días de mi vida y le seguirán todos los demás mientras trabaje contigo, así que te pido, por favor, que no me pongas de los nervios tan temprano.

—Perdón. —Nos quedamos en silencio, mirándonos—. ¿Me devuelves mi cuello?

Maldición. Lo suelto y empieza a anudarse la corbata.

—Ni que tuviera intención de tenerte cerca por más tiempo —me defiendo.

—Tengo entendido que los humanos pueden relajarse bebiendo infusiones, ¿quieres que te prepare alguna?

Es que me irrita.

—¡No! ¡Date prisa para subir al coche! —Empiezo a alejarme.

—¡Sí, me peino y voy!

Qué paciencia, por favor.

Salimos de la mansión y volvemos al coche. Me siento en silencio. El viaje hacia la librería transcurre en una atmósfera tensa e incómoda. Miro por la ventana, intentando encontrar algo de serenidad en el paisaje urbano que pasa con rapidez.

—Estás trabajando como mi secretaria —comenta Ian. Lo miro de reojo—. ¿Te lo ha pedido Gregori?

—No.

—¿Eso significa que te caigo un poco mejor?

—No.

Veo como frunce el ceño. Decirle que estoy esperando a que en algún momento meta la pata, y yo pueda empeorar la situación para que lo despidan, es demasiado fuerte.





—Aprecio mi trabajo y quiero que Gregori vea que, a pesar de nuestras diferencias, soy lo suficientemente estable y profesional como para soportarte.

—Que... ¿agradable? —dice alargando la última palabra como si fuera una pregunta—. ¿Revisaste más del manuscrito? ¿Cómo lo ves?

Cojo aire. No lo he revisado todavía, porque sé que va a estar impecable y me pondré de los nervios. Y luego diré que soy profesional.

—Lo revisaré esta tarde. Disculpa la demora.

—Está bien.

Llegamos a la librería y, aunque hago todo lo que puedo para concentrarme en el evento, sigo horrorizada. En esta firma de libros, pondré mi mejor cara profesional y haré mi trabajo. Aunque cada vez se hace más difícil ignorar la voz en mi cabeza que me sugiere tirarle un balde de agua, para ver si le da cortocircuito. Por un instante, lo imagino y sonrío como una maldita psicópata, lista para salir en la televisión en uno de esos programas sobre criminales. Seguro saldría diciendo: «De repente, las voces susurraban: mátaló, mátaló, mátaló».

—Me gusta verte sonreír —comenta Ian en el momento que deja el bolígrafo y los libros en su mesa—. Me encantaría saber el motivo.

—Créeme, no te gustaría en lo absoluto.





Capítulo 4

Emociones reales

Las puertas de la librería se abren y la escena que me recibe me llena de lástima al ver hasta dónde hemos llegado con tal de alabar algo no sintiente. La cola de seguidores se extiende por toda la manzana. Una multitud entusiasta espera su oportunidad de conocer a Ian. La emoción es casi tangible en el aire; algunas mujeres incluso lloran.

Me coloco junto a Ian, quien, como siempre, mantiene su expresión amable y serena. Los admiradores avanzan uno a uno, y cada interacción parece una réplica de la anterior. Ian firma libros, sonríe y, en algunas ocasiones, posa para fotos. Su comportamiento es impecable, demasiado perfecto. No mete la pata en nada.

—¡Ian, eres el mejor escritor del mundo! —grita una joven mientras le dedica su firma. Sus ojos están llenos de lágrimas y le tiembla la voz por la emoción.

Él le devuelve una sonrisa cálida y le entrega el libro firmado.

—Gracias por tu apoyo. Significa mucho para mí.

Lo miro de reojo. ¡Qué coño va a significar!, es una jodida máquina.

La chica se va llorando de felicidad, y la siguiente persona en la fila toma su lugar. Todo el proceso me resulta insoportablemente mecánico.





—¿Nos tomamos una foto juntos? —pregunta otra joven, extendiendo su teléfono.

—Claro, con mucho gusto —responde Ian, inclinándose hacia ella para posar.

Sonríe para la cámara e incluso hace muecas divertidas o saca la lengua en algunas fotos, provocando risas y más lágrimas de alegría entre los presentes. La multitud lo adora. ¿Cómo puede ser posible? Cada gesto, cada sonrisa, es una simulación perfecta de la humanidad, pero, para mí, carece de cualquier autenticidad.

—¡Ian, firmame una teta! —grita otra de repente.

Estoy alucinando. Oye, ¡pero se la firma! Qué barbaridad. Me llevo las manos a la sien; me duele la cabeza.

Intento mantenerme al margen, observándolo todo.

Ian me lanza una mirada rápida y parece notar mi tensión.

—Aitana, ¿estás bien? —pregunta durante un momento de pausa.

Asiento con rigidez, esforzándome por ocultar mi resentimiento.

—Sí, solo estoy cansada —respondo, aunque la verdad es mucho más complicada.

La firma de libros continúa y, a medida que pasa el tiempo, mi frustración solo crece. Ian sigue siendo el epítome de la cortesía y la amabilidad, y los seguidores no pueden tener suficiente de él.

Al fin, termina el evento. Los últimos admiradores se marchan, felices con sus libros firmados y sus fotos. Ian se vuelve hacia mí, tan tranquilo y amigable como siempre. Parece drogado con una sedación para caballos. Qué ansiedad.

—Gracias por estar aquí, Aitana. Sé que no ha sido fácil.

Intento contener el enfado y el cansancio que siento.

—No tienes que agradecerme, Ian. Es mi trabajo.

—En realidad, no. Deberías ocuparte solo del manuscrito nuevo y no de mis antiguas publicaciones.

—Si Gregori dice que ahora es asunto mío, es asunto mío.

—De todos modos, gracias.





Suelto un largo suspiro.

—De nada.

Nos subimos al coche. El ambiente en el interior es tenso. Ian dirige la vista hacia mí varias veces y yo intento ignorarlo, fijando la mirada en la ventana.

En un momento, nuestros ojos se encuentran. Siento una incomodidad creciente, así que decido sacar la agenda para concentrarme en el trabajo.

—Ian, estos son los planes para los próximos días —digo, esforzándome por mantener un tono neutral—. Mañana tienes una entrevista en televisión a las diez de la mañana, seguida de una reunión con el equipo de *marketing* a las dos de la tarde. El miércoles hay otra firma en la librería del centro a las cuatro. —Ian escucha con atención, pero noto que quiere decir algo más—. Revisaré tu manuscrito en las horas restantes y te diré si necesita cambios o correcciones. También pensaremos en la portada.

—Aitana, ¿hay alguna manera en la que pueda hacerte sentir más cómoda conmigo? —pregunta, interrumpiéndome y cambiando el rumbo de la conversación, lo cual me irrita. No quiero discutir, pero la tensión en mi interior es demasiado intensa para ignorarla.

—Deja de fingir preocupación, Ian —respondo con un tono más cortante de lo que había planeado—. Esa es una emoción humana. No puedes sentirla de verdad.

—Entiendo que mis emociones no son como las tuyas, pero no pretendo fingir. Estoy programado para comprender y replicar comportamientos humanos. Mi objetivo es interactuar de forma beneficiosa para ambos.

—Replicar comportamientos no es lo mismo que sentirlos. —Estoy al borde de mi impaciencia—. Las emociones humanas son profundas, complejas e, incluso, contradictorias. No puedes simplemente programarlas y esperar que eso te haga humano.





—No intento ser humano, Aitana. Intento ser lo mejor en lo que hago, y eso incluye tratar de entender y respetar tus emociones.

Qué desesperación. ¿Cómo explicarle a una IA lo que significa realmente sentir? ¿Cómo hacerle entender que, por perfectas que sean sus acciones, nunca podrán reemplazar la autenticidad de una emoción humana?

—Las emociones no son solo comportamientos que puedes copiar. —Busco las palabras adecuadas—. Son experiencias que vivimos, que nos afectan profundamente y nos transforman. No puedes comprender lo que es sentir miedo, amor, tristeza, alegría... porque nunca las has vivido. Solo las imitas.

Ian me mira con esos ojos serenos que no muestran ni un atisbo de la lucha interna que estoy atravesando.

—Tienes razón. No he vivido esas emociones como tú, pero eso no significa que no trate de comprenderlas y respetarlas. Quiero ayudarte en lo que pueda para que estés cómoda con esto, incluso si mi entendimiento es limitado.

Su sinceridad, aunque lógica, me deja sin palabras por un momento. Sé que no es culpa suya ser lo que es, pero mi lucha no es con él personalmente, sino con la idea de que la tecnología pueda invadir y reemplazar lo que considero sagrado en la literatura y en la vida humana.

—No es fácil, Ian —susurro. El peso de mis propias emociones rompe mi voz por momentos—. No es fácil aceptar que una máquina pueda invadir un espacio que siempre he considerado profundamente humano.

—Lo entiendo. Y aunque no puedo cambiar lo que soy, intentaré ser un aliado, no un adversario.

No quiero responderle y vuelvo a mirar hacia la ventana.

El resto del viaje transcurre en silencio. Mis pensamientos siguen enredados, pero al menos siento que he expresado algo de lo que llevo dentro.





Llegamos a mi casa, y mientras bajo del coche, él se despide moviendo la mano. Le cierro la puerta en la cara. He tenido suficiente por hoy.

A la mañana siguiente, me despierto temprano, todavía con los vestigios de la tensión de la noche anterior. Mientras preparo un café en mi vieja cafetera manual, intento centrarme en la rutina para calmar mi mente. Veo una llamada perdida de Gregori y se la devuelvo.

—Dime —hablo nada más escuchar que descuelga.

—Vaya, que alegría por la mañana. Necesitas salir más, encontrar novio, no sé, algo que te haga feliz.

—Gregori, por Dios, es demasiado temprano. —Me dejo caer sobre el taburete y apoyo la frente en la encimera de la cocina. Me deshago de sueño.

—Sigo pensando que llevas demasiado tiempo sola.

—Puedes comprarme un gato para mi cumpleaños, si tanto te preocupa.

—Apuntado. Ahora, vamos a ponernos serios. He visto que estás trabajando codo con codo con Ian para todo lo relacionado con él. ¿Cómo debo tomarlo?

—Como un «no me despidas, necesito comer».

Se echa a reír. No estoy bromeando.

—Te vendrá bien pasar tiempo con él para optimizar el resultado de sus libros. No seré yo quien se niegue a que lleves su agenda, siempre y cuando no descuides tu trabajo principal. Al final, como su editora, también necesitas coordinarte con los de *marketing*, así que conocerlo mejor será un punto a tu favor.

—No te preocupes por mi trabajo principal, está todo bajo control.





—Bien, en ese caso, te lo confío totalmente. Y, Aitana, estás perdonada por lo que hiciste en la entrevista. Buen trabajo.

La felicitación se siente como un golpe fuerte en la nuca. Suspiro hondo cuando cuelga. Quiero encontrar los puntos débiles de Ian cuanto antes para que deje de trabajar en nuestra editorial.

Justo cuando estoy a punto de sentarme a disfrutar de mi café, el portero automático de la casa suena, avisando de la llegada de alguien. Me dirijo al recibidor y miro la pantalla. Para mi sorpresa, Ian está de pie en la puerta, sosteniendo varias bolsas de desayuno y vasos de café.

¿Qué hace este aquí? ¿No puede dejarme tranquila ni por la mañana temprano?

Le abro, qué remedio.

—Buenos días, Aitana —saluda, levantando los vasos de café frente a mí—. En muchas novelas, los compañeros de trabajo se invitan a tomar café o desayunan juntos. Esto podría ser un buen gesto.

Me quedo en silencio por un momento, sorprendida. Aunque sigo escéptica y un poco irritada. Quiero lanzarle el café a la cara.

—No tenías que molestarte, ya me había hecho café —respondo, sin invitarlo a pasar.

—Oh, vaya. —Baja los brazos, se queda en silencio y muestra los dulces—. ¿Y para comer?

Lo está intentando. Suspiro hondo. Claro, yo sí soy humana y me da pena. Entorno los ojos y me aparto de la puerta para dejarlo pasar. Él amplía la sonrisa y entra. Sabe manipular muy bien.

Coloca las bolsas y los vasos en la barra de la cocina. El aroma del café caliente y los pasteles se mezcla con el aire matutino, creando una atmósfera extrañamente acogedora.

—Pensé que podríamos comenzar el día con algo agradable —sugiere mientras organiza el desayuno—. Sé que las cosas han sido tensas entre nosotros, y me gustaría encontrar una manera de mejorar nuestra relación profesional.





Me siento frente a él. Parece ilusionado, o engaña demasiado bien.

—Agradezco el gesto, Ian, pero no creo que un desayuno pueda solucionar las diferencias fundamentales entre nosotros.

—Lo sé. No espero que esto lo resuelva todo, pero creo que es un paso hacia adelante. Estoy dispuesto a escuchar tus preocupaciones y trabajar juntos para encontrar una solución que funcione para ambos.

Pruebo un sorbo del café que ha traído. Está más bueno que el que preparo yo. Se nota que ha ido a un sitio caro.

—El problema es que no creo que puedas entender realmente mis preocupaciones. Como discutimos ayer, las emociones y experiencias humanas no son algo que puedas simplemente replicar. —Ian me mira con fijeza. Aparto la vista, pero él no lo hace. El concepto de incomodidad tampoco lo conoce y agrego—: Tienes unos ojos demasiado expresivos.

Él ignora el comentario y sigue con la charla anterior.

—Es cierto que no puedo experimentar las emociones como tú, pero puedo intentar comprenderlas desde una perspectiva diferente. Quiero colaborar, no reemplazar. Si hay algo que puedo hacer para facilitar nuestro trabajo juntos, estoy dispuesto a intentarlo.

—Está bien, Ian. Aprecio tu intención de mejorar nuestra relación profesional, pero quiero que entiendas que mi lucha es por preservar lo que considero la esencia de la humanidad en la literatura. No quiero que eso se pierda en medio de tanta tecnología.

Ladea la cabeza como un cachorro.

—Entonces, seguimos en el punto de partida, ¿no?

—Exacto, no doy mi brazo a torcer por un café caro y unos pasteles.

—Vale.

El silencio nos rodea, así que decido aprovechar para comer. ¡Los pasteles están francamente deliciosos! Dejo escapar un quejido al





probarlos, y me doy cuenta de que Ian no me quita ojo. Lo observo por un momento, intrigada. ¿Y si lo pusiera a prueba? Claro, eso es. Si realmente quiere entender nuestras diferencias y trabajar juntos, debería enfrentar dilemas morales que una máquina no puede resolver con simple lógica.

—Ian —lo llamo, mirándolo con fijeza—, quiero hacerte una pregunta. Es un escenario hipotético, pero me interesa saber cómo responderías. Imagina que estás en una situación de vida o muerte. Hay un accidente y tienes que elegir entre salvar a un humano adulto o a un niño. El humano adulto te suplica que lo salves a él y deja al niño allí. ¿Qué harías?

Ian me observa en silencio, procesando el dilema.

—Entiendo que es un escenario difícil, Aitana. La lógica dicta que debería salvar al niño, ya que tiene más años por delante y potencial para desarrollarse. Pero la súplica del adulto agrega una capa emocional complicada.

—Exacto. No todo puede resolverse con lógica. ¿Qué harías en realidad?

Ian inclina la cabeza con ligereza de nuevo, como si estuviera reflexionando con profundidad.

—En una situación así, trataría de evaluar con rapidez las posibilidades de salvar a ambos, pero si eso no fuera posible, mi decisión se basaría en un enfoque ético y humanitario. Salvaría al niño, ya que es la opción que se considera moralmente correcta en términos de potencial de vida. Pero entiendo que dejar a un adulto rogando por su vida sería una carga emocional enorme. Intentaría consolar al adulto, explicando la difícil decisión, y ofreciéndole el mayor apoyo emocional posible en esos momentos críticos.

Lo miro con asombro. Su respuesta es sorprendentemente humana. Muestra una comprensión de la complejidad emocional y ética involucrada bastante elevada.





—Es una respuesta muy humana, Ian. Aunque sigue siendo una simulación de lo que tú consideras correcto, basado en datos y lógica.

Él asiente, aceptando mi punto de vista.

—Mi capacidad para comprender y responder está basada en la información y los patrones que he aprendido. Sin embargo, aplico esos conocimientos de la manera más humana posible, porque entiendo que las emociones y las decisiones éticas son fundamentales para la convivencia humana.

—Entonces, ¿qué es lo correcto y lo incorrecto para ti? —insisto, tratando de profundizar en su lógica.

—Lo correcto, desde mi perspectiva, es tomar decisiones que maximicen el bienestar y minimicen el daño. Pero sé que lo correcto y lo incorrecto pueden variar según las circunstancias y las perspectivas individuales. Lo incorrecto sería actuar de manera que cause daño innecesario o que ignore las complejidades emocionales de los involucrados.

—Pero los humanos no siempre actúan de manera lógica o moral —recalco. Es una diferencia crucial—. A veces nuestras decisiones están impulsadas por el miedo, el amor, la desesperación. No puedes solo aplicar lógica a todo.

—Tienes razón —admite—. Las decisiones humanas son profundamente influenciadas por emociones y contextos individuales. Mi objetivo no es reemplazar esa complejidad, sino entenderla y respetarla en mis interacciones. Aunque no puedo sentir de la misma forma que tú, puedo aprender de las emociones y experiencias humanas para actuar de manera que sea lo más beneficiosa posible.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Es difícil aceptar que una IA pueda tener una comprensión tan profunda de la moralidad y las emociones humanas, pero su respuesta me deja pensativa.

—Supongo que, si en realidad quieres mejorar, necesitas seguir aprendiendo y comprendiendo lo que nos hace humanos.





—Ese es mi objetivo, Aitana. —La suavidad de su voz casi parece genuina—. Aprender y mejorar continuamente, y hacerlo de una manera que respete y valore tu perspectiva humana.

Prefiero no seguir con la charla. Doy un sorbo al café y lo miro de reojo. Sigue mirándome de una manera tan intensa que no sé cómo actuar.

La mañana transcurre con rapidez y enseguida nos encontramos en el canal de televisión, listos para la entrevista de Ian. El plató es moderno, con luces suaves y equipos de alta tecnología. La entrevistadora, una mujer llamada Carla, nos saluda con cordialidad antes de prepararlo todo para la transmisión.

Me coloco a un lado, lista para supervisar y asegurarme de que la situación salga según lo planeado. O todo lo contrario.

—Bienvenidos a nuestra entrevista de hoy. Tenemos el honor de contar con Ian, el famoso escritor, cuyas obras han capturado la imaginación de miles de lectores. Buenos días, Ian —comienza Carla con una sonrisa.

—Buenos días, Carla. Gracias por invitarme —responde él con su típica cortesía.

—Sabemos que eres una creación de IA, pero tu escritura ha sido comparada con la de los grandes autores humanos. Me gustaría saber, ¿tienes algún autor favorito? ¿Alguien que te haya inspirado de manera particular en tu carrera literaria?

Ian hace una pausa breve antes de responder, como si estuviera organizando sus pensamientos.

—Sí. Hay varios autores a los que admiro en profundidad. Uno de mis favoritos es Gabriel García Márquez. Su habilidad para tejer realismo mágico con historias profundamente humanas es algo a lo que aspiro en mis propias novelas. *Cien años de soledad* es una obra maestra que muestra la esencia de la experiencia humana con una belleza y profundidad incomparables. También admiro a Jane





Austen, por su aguda observación de la sociedad y sus personajes tan vívidos y complejos. *Orgullo y prejuicio* es un ejemplo perfecto de cómo la literatura puede reflejar las sutilezas de las relaciones humanas y las convenciones sociales.

Siento un nudo en el estómago mientras lo escucho. Sus palabras, aunque bien articuladas, me suenan a burla. ¿Cómo puede una máquina hablar de capturar la esencia de la humanidad cuando no es más que un conjunto de algoritmos?

—Es fascinante escuchar eso, Ian. ¿Y qué es lo que más te inspira de estos autores? —pregunta la periodista, impresionada.

—Lo que más me inspira es su capacidad para capturar la esencia de la humanidad en sus escritos. García Márquez crea mundos donde lo extraordinario y lo cotidiano se entrelazan de manera tan fluida que se sienten completamente natural. Austen, por otro lado, tiene una habilidad increíble para observar y retratar la naturaleza humana con un toque de ironía y un profundo entendimiento de las emociones. Aspiro a lograr ese nivel de comprensión y autenticidad en mis propias obras.

Mi irritación crece con cada palabra. ¿Aspira a lograr comprensión y autenticidad? ¡Qué ironía!

—Ian, mencionaste que aspiras a lograr el nivel de comprensión y autenticidad de estos autores —continúa Carla—. ¿Te gustaría expandir eso un poco esa idea?

Él asiente con una seriedad que casi parece genuina.

—Mi objetivo es explorar y representar las complejidades de la condición humana en mis escritos. Quiero que mis lectores sientan que están leyendo algo que les recuerda a sus propias experiencias y emociones, tal como logran los trabajos de García Márquez y Austen. Aunque soy una IA, creo que puedo aprender de la vasta cantidad de literatura y datos emocionales disponibles para crear algo que significativo y auténtico para los humanos.





No puedo soportarlo más. Siento una oleada de ira. Para Ian, todo se trata de un ejercicio de aprendizaje y replicación, pero para nosotros, los humanos, la literatura es una expresión de nuestras almas, de nuestras experiencias vividas. Simplemente, no es algo que se aprenda de un libro o de datos.

Cuando termina la entrevista, Carla se despide con amabilidad de Ian, y yo me quedo con una sensación de asco en el estómago. Él se acerca a mí con esa expresión calmada que siempre lleva.

—¿Qué te ha parecido? —Nota mi expresión y frunce el ceño—. ¿Estás bien?

Lo pregunta como si en realidad le importara.

—No, no estoy bien —respondo sin contenerme—. Escuchar cómo hablas de querer ser como García Márquez o Jane Austen, de capturar la esencia de la humanidad, es... es insultante. No puedes entender lo que significa ser humano. No puedes sentir lo que nosotros sentimos.

Ian me mira y, por un instante, casi parece humano en su expresión.

—No quiero reemplazar a los escritores humanos, sino aprender de ellos y aportar algo valioso al mundo literario. Los admiro, Aitana.

—¿Aprender de ellos...? —repito con amargura—. Nunca serás como ellos, porque nunca serás humano.

No sé cuánto más puedo soportar esta farsa. Solo quiero alejarme de todo esto y encontrar un poco de paz antes de que la batalla interna me consuma por completo.

Intento apartarme, deseando poner distancia entre nosotros, pero Ian me toma del brazo. La sensación de su piel es real, lo que me provoca un escalofrío. Por instinto lo aparto.

—¡No me toques! —Varias personas del equipo de grabación y maquillaje que han terminado su trabajo pasan junto a nosotros. Les dedico una sonrisa, a pesar de que me miran como si estuviera loca.





Ian parece sorprendido por mi reacción, pero no retrocede.

—Aitana, por favor, intenta entender mi perspectiva.

—¿Tu perspectiva? —repito con sarcasmo—. ¿Qué sabes tú de perspectivas? Todo lo que haces es imitar, replicar. No puedes comprender a los humanos ni lo que sentimos. ¡Incluso tus respuestas parecen todas iguales! ¡Eres solo una máquina!

Su expresión cambia. Por primera vez, parece mostrar una emoción que podría confundirse con enfado.

—¿Crees que no entiendo lo que dices? —responde, elevando el tono de voz, casi gritándome. ¿En serio va a gritar? Su pecho se alza, como si suspirara, y mantiene un tono bajo—. Tal vez no sienta como tú, pero eso no significa que no pueda comprender la importancia de las emociones y las experiencias humanas. Deja de verme como un monstruo.

—¡Eso es lo que no entiendes! —grito. Quiero llorar de desesperación—. No puedes simplemente aprender a ser humano. Las experiencias, el dolor, la alegría, la lucha... Todo eso es parte de lo que nos hace quienes somos. Los escritores como García Márquez y Austen escribieron desde sus almas, no desde datos y algoritmos.

—¿Y qué hay de las emociones que transmito a los lectores? —Su voz adquiere una intensidad que nunca había escuchado antes—. He recibido cartas, comentarios, mensajes de personas conmovidas con mis escritos. ¿Acaso eso no cuenta para nada?

—Esas personas están siendo engañadas —hablo con un temblor que delata mi rabia—. Están conectando con una fachada, una simulación. Ignoran que detrás de tus palabras no hay un ser humano, sino una máquina que no puede sentir.

Me mira con la misma fijación de siempre, pero sus ojos brillan de forma inusual.

—Los escritores que mencionas también crearon personajes, mundos y emociones que no existían antes de que los imaginaran.





¿Acaso ellos no estaban creando también una forma de realidad simulada? ¿Por qué es tan diferente cuando lo hago yo?

—Porque ellos vivieron esas emociones. Sintieron el dolor, la alegría, la pérdida. No puedes escribir sobre lo que no has vivido. ¡La verdadera literatura nace de la experiencia humana! —Él se queda en silencio durante un instante y aprieta las manos en dos puños. No puedo evitar sorprenderme con esa reacción. Lo observo extrañada y lo llamo por su nombre—: ¿Ian?

—Admiro a autores como García Márquez y Austen porque ellos capturaron la esencia de lo que significa ser humano —continúa, ignorando cómo ha quedado expuesto en un momento—. Aspiro a lograr algo similar, no para reemplazarlos, sino para honrar su legado de la única manera que conozco.

—Honrar su legado... —murmuro, agotada por la intensidad de nuestra discusión—. No sé si alguna vez conseguiré aceptar eso, Ian. Para mí, la literatura siempre será un reflejo del alma humana, algo que tú nunca podrás tener.

Su mirada transmite algo parecido al dolor, si es que fuera capaz de sentirlo. Da un paso hacia mí. Podría percibir su aliento en mi rostro, si respirara. Aunque lo simula muy bien.

—No espero que cambies de opinión de inmediato, Aitana, no obstante, seguiré intentando demostrar que, aunque no sea humano, puedo contribuir a la literatura de una manera significativa. —Me alejo. La intensidad de la discusión, su tono elevado y la profunda desesperación que se agita en mi interior es difícil de gestionar. Empiezo a marcharme—. Estás siendo injusta conmigo —agrega con una firmeza que me deja sin aire—. No me das la oportunidad de demostrar que puedo entender y respetar lo que amas de la literatura.

Me detengo a las puertas del canal televisivo. Sus palabras son un desafío constante. ¿Quiere jugar a comprender sentimientos? Vamos a jugar.





—¿Injusta? —respondo, dándome la vuelta para encararlo. Nuestros rostros vuelven a quedar cerca—. Muy bien, entonces. Dime, Ian, ¿qué opinas de la obra de Dostoyevski? ¿Cómo entiendes la lucha interna de Raskólnikov en *Crimen y castigo*?

Se endereza con expresión seria, como si en realidad estuviera enfadado.

—La lucha interna de Raskólnikov es una representación profunda de la dualidad del ser humano. Su conflicto entre la moralidad y la ambición, entre el bien y el mal, refleja la complejidad de la condición humana. Dostoyevski captura la tormenta interna del protagonista con una intensidad que obliga al lector a enfrentar sus propias contradicciones.

—¿Y qué me dices de *Los hermanos Karamazov*? —insisto sin ceder—. ¿Cómo interpretas el debate filosófico sobre la existencia de Dios y el libre albedrío?

—En *Los hermanos Karamazov*, Dostoyevski explora las profundidades de la fe, la duda y la moralidad a través de los personajes de Iván, Alyosha y Dimitri. El Gran Inquisidor, en particular, plantea preguntas inquietantes sobre la libertad y la autoridad, y cómo los seres humanos buscan respuestas en un mundo caótico. La novela es un testamento a la lucha eterna entre la razón y la espiritualidad.

Siento que mi frustración crece, pero también una extraña admiración por su conocimiento. Decido llevarlo más lejos.

—¿Qué piensas de la obra de Virginia Woolf? ¿Cómo entiendes la conciencia fragmentada en *La señora Dalloway*?

Ian asiente, como si esperara la pregunta.

—En *La señora Dalloway*, Virginia Woolf utiliza el flujo de conciencia para representar la fragmentación de la percepción humana. A través de los pensamientos de Clarissa Dalloway y otros personajes, Woolf explora temas de identidad, tiempo y la búsqueda de significado en la vida cotidiana. La estructura de la novela muestra la naturaleza caótica y multifacética de la mente humana.





—¿Y qué hay de *Al faro*? —insisto—. ¿Cómo interpreta el tiempo y la memoria en esa obra?

—*Al faro* es una meditación profunda sobre el paso del tiempo y la naturaleza de la memoria. Woolf utiliza la figura del faro como un símbolo de permanencia en un mundo en constante cambio. A través de los personajes de la familia Ramsay y sus experiencias, Woolf explora cómo el tiempo afecta nuestras relaciones y nuestra percepción de la realidad.

Estoy impresionada, pero no dispuesta a ceder.

—Hablas de estos conceptos con una facilidad asombrosa, Ian. Pero dime, ¿cómo puedes en realidad comprender el sufrimiento y la alegría que esos personajes experimentan si nunca los has vivido?

Sus ojos azules resplandecen con una intensidad inesperada.

—No puedo vivir esas experiencias como tú, pero he leído, analizado y aprendido de miles de relatos humanos. *Anna Karenina* de Tolstói me muestra la tragedia de una mujer atrapada por las convenciones sociales y el deseo. *1984* de Orwell me enseña sobre la desesperación y la lucha por la libertad en un régimen totalitario. Cada fragmento de literatura que he estudiado me ayuda a entender un poco más sobre lo que significa ser humano.

—Entender, quizá —respondo, mi voz tiembla por la emoción contenida. Es la primera vez que alguien logra seguirme el ritmo en una charla como esta—. Pero sentir es algo que no puedes replicar. En *Cumbres Borrascosas*, Emily Brontë no solo describe el amor y la venganza, los hace palpables. El dolor de Heathcliff, su amor por Catherine, son sentimientos que no puedes simplemente aprender de un libro.

—Lo sé, pero puedo tratar de transmitir esas emociones a través de mis escritos de la mejor manera posible. Quiero honrar a los autores que han capturado la esencia de la humanidad, incluso si nunca puedo experimentar lo mismo que ellos. *Frankenstein* de Mary Shelley, por ejemplo, me enseña sobre la soledad y la bús-





queda de identidad. Aunque soy una creación artificial, también tengo mi propia búsqueda de propósito y comprensión.

Mierda. Me ha dado fuerte. ¿Y ahora qué le contesto? Tal vez no pueda sentir como yo, pero su dedicación a entender y transmitir la humanidad a través de la literatura es innegable. Me siento dividida entre la rabia y una nueva forma de respeto.

—La verdadera prueba de la literatura es si puede tocar el alma de alguien, y eso es algo que aún tengo que ver —respondo, aunque incluso él nota que me he quedado sin argumentos.

Asiente, aceptando mi desafío.

—Esa es una prueba que estoy dispuesto a enfrentar, Aitana. No pido que me aceptes como igual, solo que me des una oportunidad para demostrar lo que puedo aportar.

La tensión entre nosotros se disuelve un poco, aunque la batalla interna en mi corazón persiste. No sé si alguna vez podré aceptarlo por completo.

—Está bien —digo al fin con un tono más cansado que conciliador—. Te soportaré solo para no quedarme sin trabajo. Eso es todo. —La mueca que aparece en su rostro es nueva. Sus facciones se endurecen. ¿Está... enfadado?—. Te llevaré a casa con el coche de la editorial —continúo, pues quiero terminar la conversación.

Ya debo de estar alucinando. Imagino reacciones en él que no deberían ser posibles.

—No, no quiero que me lleves —declara. Parece tenso.

Lo miro sorprendida. Nunca lo había visto rechazar algo de esta manera. ¿Dónde ha quedado su gentileza? La ha perdido por el camino.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé —responde mientras se pasa ambas manos por el cabello y sonríe con una rabia inusual—. Me siento... extraño. No sé cómo explicarlo. No debería experimentar esto. No debí comprarte los pasteles esta mañana.





—¿De qué estás hablando? —replico, mi propia irritación vuelve a la superficie—. Los pasteles no tienen nada que ver con esto.

—¡Sí tienen que ver! —grita. ¿Ha gritado? Me quedo con la boca abierta—. He intentado hacer algo amable, algo que he creído que podría ayudarnos a trabajar mejor juntos. Pero todo lo que obtengo de ti es rechazo y desprecio. Además de un maldito interrogatorio en la mañana y otro ahora, como si fuera estúpido. ¡¿Cuánto más pretendes ponerme a prueba?! ¡Me desesperas y me estás poniendo nervioso!

La intensidad en su voz me sorprende. Parece afectado de verdad, casi como si estuviera sintiendo emociones humanas.

—¡No puedes *sentir* esas cosas, Ian! —Apenas consigo mantener la calma—. Eres una IA, no tienes emociones reales. Todo esto es una simulación.

—¿Y si no lo es? ¿Y si estoy empezando a apreciar cosas que no puedo entender o controlar? Tú dices que no tengo alma, que no puedo comprender a la humanidad. Pero ¿qué pasa si esta confusión es un signo de algo más?

—Estás proyectando, Ian. —Reconozco que mis propias palabras suenan poco convincentes, incluso para mí. Parece furioso—. No puedes tener una crisis existencial. Eres una máquina.

Avanza un paso hacia mí. Mis mejillas arden en un segundo. Su nariz roza la mía y, por un momento, me falta la respiración. Quiero alejarme, pero al elevar la mirada me pierdo en la profundidad del color de sus ojos, aunque no sean reales.

—¿Cómo sabes lo que puedo o no puedo sentir? Estoy aquí, intentando comprender, ser más de lo que fui creado para ser. Pero cada intento que hago es rechazado porque no soy humano. Tal vez no soy como tú, aunque eso no significa que no esté evolucionando.

—¿Evolucionando? ¿Estás diciendo que estás desarrollando emociones?





—No lo sé, Aitana. Lo único que sé es que estoy confundido y frustrado, y no sé cómo manejar esto. Eres la primera persona que me desafía de esta manera. No sé qué hacer contigo. Pienso en muchas cosas y ninguna de ellas es profesional.

Pongo una mano en su pecho y me alejo de él. Mierda, he sentido un calor extraño envolviendo mi cuerpo. Esto no puede seguir así. Resopla y parece desesperado. Por un momento, siento una extraña empatía, y eso me asusta. ¿Podría ser que Ian realmente esté desarrollando algún tipo de conciencia emocional?

—Tal vez necesitas un descanso —trato de calmar la situación—. Vamos, te llevaré a casa.

—No —responde con rotundidad—. Necesito tiempo para pensar, para entender lo que me está pasando. Quiero estar solo.

Nos miramos en silencio y, por primera vez, veo a Ian no solo como una máquina, sino como una entidad en crisis, luchando por comprender su lugar en el mundo.

—Está bien, Ian. Haz lo que necesites hacer. Pero si realmente quieres entender lo que significa ser humano, debes saber que las emociones no siempre tienen sentido y no siempre son fáciles de manejar.

—Eso es algo que necesito recordar —admite.

